

privadas, en los cuales el hombre, sin necesidad de ser una entidad extraordinaria ni un ente extravagante, afronta los conflictos, llamados ordinarios de puro frecuentes en la vida de familia y en la vida política? Nada absolutamente, nada podemos decir acerca del drama en la clásica antigüedad. Grecia y Roma, que, si conocieron á algunos semidioses y á muchos esclavos, apenas conocieron al hombre, no pudieron conocer otras acciones que las sublimes de los heroes y las ridículas de los esclavos; por esto ni la sabia y artística Atenas ni la sesuda y práctica Roma pudieron alcanzar el drama.

El drama es creación del teatro moderno, pues aun salvando la respetable autoridad de Mr. Mannin, quien afirma que en el siglo X floreció en Sajonia una monja que produjo algunas composiciones que pueden calificarse de verdaderos dramas, es lo cierto que los *misterios* y las *moralidades* de la Edad Media fueron los precursores del drama. Su aparición fué coetanea del Renacimiento y no se desenvolvió vigorosa y completamente hasta que, hermanadas la inspiración popular y la poesía erudita, dos grandes genios, Lope de Vega, en España, y Shakespeare, en Inglaterra, al tiempo que asombraron al mundo con los maravillosos partos de su fecunda fantasía, lo dieron á conocer á la culta Europa como el género dramático más humano y que mejor responde á los modernos ideales y á la forma de vida de nuestros tiempos.

ISIDORO FRIAS.

AMOROSA

TANTO y tanto tu recuerdo
grabado en mi mente está;
que cuando venga mi muerte,
mi última idea serás,
y mi primer pensamiento
si llego á resucitar.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.

KIN-YENG

ESTUDIO DE COSTUMBRES CHINAS

I

Las siete felicidades han de multiplicarse diez mil veces en tu casa.

—Y mi escuálido retoño se convertirá en florido albaricoque en la tuya.

—¿Queda, pues, empeñada tu palabra?

—Solo la boca de los malvados no expresa los sentimientos del corazón, ha dicho el sabio.

—Que el vino caliente prolongue tu preciada existencia.

—Que nunca se indigeste el arroz en tu noble estómago.

Así pactaban el matrimonio de sus hijos, los viejos Aman y Lonjing, sentados junto á una mesa de pulido roble, con una taza de thé en la mano y pasándose mutuamente la pipa de metal llena del mejor tabaco de las montañas *Hiong*. En China sucede todavía lo que ha pasado en Europa hasta en nuestros días: los matrimonios se inspiran solo en la conveniencia, y son los padres de los novios quienes los arreglan; con la circunstancia especialísima de que el amante no conocerá á su amada hasta cinco minutos antes de encerrarse en la cámara nupcial.

Petrificado en el inmenso libro de los recuerdos de su pasado, vejetando sin contar los días en la historia, el pueblo chino existe merced al indisoluble lazo social que le agrupa y une como una sola familia. El Emperador es el padre y la madre de los ciudadanos, y se le llama así en los documentos oficiales: los mandarines deben ejercer solo autoridad paternal: en los pueblos y aldeas el fallo de los ancianos supera al de todos los tribunales: en las familias la potestad del padre no tiene límite alguno. Pero si la teoría de este sistema es realmente seductora, su práctica manifiesta los mas deplorables abusos. Un interés egoísta y grosero se ha sobrepuesto á todo: la existencia de la autoridad se conoce y revela solo por sus abusos: los mismos lazos íntimos de la familia son una ridícula parodia: y aquellas grandes máximas de los filósofos que florecieron desde los tiempos de Yao hasta la dinastía de los Tang, hace tiempo se han borrado de la memoria del pueblo y solo se conservan en empolvados cuadros que adornan las pagodas y templos búdicos.

En la genealogía de los despotismos que imperan en la China, el primero es el del emperador: el último el del padre de familia. Toda aspiración generosa es ahogada en germen; las ideas modernas no pueden entrar en aquellos cerebros, y la ley eterna y constante del desarrollo del progreso es desmentida por cuatrocientos millones de hombres que se empeñan, y lo consiguen, en retroceder diez siglos de su historia.

Esta tiranía paternal, pues, movía al viejo Aman á pedir para su hijo Tai-lung la mano de la hija de Lonjing. Y la costumbre tradicional fué rigurosamente observada. El consejo de familia alabó las virtudes de la hermosa Kin-yeng: una casa-